



**BIBLIOTECA DIMENSIÓN
CLÁSICA**

SERIE DE TEORÍA SOCIAL

**Editorial Gedisa, Barcelona,
2007-2009**

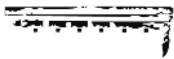
La editorial Gedisa, bajo la dirección del profesor Esteban Vernik, ha comenzado a publicar una Serie de Teoría Social que comprende los siguientes títulos: *Imágenes momentáneas* (traducido por Ricardo Ibarlucía y Oliver Strunk, con una introducción de Vernik y un posfacio de Otthein Rasmstedt), *Roma, Florencia, Venecia* (traducido por O. Strunk, con un prólogo de Natalia Cantó y un posfacio de Vernik) y *Pedagogía escolar* (traducido por Cecilia Abdo, con un estudio crítico de Vernik), los tres de Georg Simmel, que se completan con *Georg Simmel, filósofo de la vida*, de Vladimir Jankélévitch (traducido por Antonia García, con una introducción de Cécile Rol); *Los debates de la Dieta renana* (traducido por Juan Luis Vermal, con un prólogo de Víctor Rau y un estudio crítico de Daniel Bensaïd) de Karl Marx; *Max Weber y Karl Marx* (traducido por C. Abdo, con un prólogo de Vernik y un posfacio de Luis F. Aguilar) de Karl Löwith, que se completará con la *Crítica de Stammler* de Max Weber, y *Los empleados* (traducido y prologado por Miguel Vedda, con una introducción de Ingrid Belke) y *La fotografía y otros ensayos* (traducido por Laura Carugati, con un prólogo de Christian Ferrer y un estudio crítico de Carlos Eduardo Machado), de Siegfried Kracauer, que se completará con sus *Construcciones y*

perspectivas. La Serie de Teoría Social es el inicio de una Biblioteca de Dimensión Clásica. Los títulos escogidos han adquirido esa condición.

La serie empieza cronológicamente con el joven Marx —el periodista anónimo de la *Gaceta renana* que creía que la libertad de prensa favorecería una paulatina apropiación de la verdad y la conversión de “muchas opiniones individuales en el órgano de un solo espíritu” (p. 81)— y termina con los análisis de la época de Weimar de Kracauer y su propia trayectoria desde el anticapitalismo romántico a una crítica materialista y dialéctica de la cultura. Las esperanzas depositadas por el liberalismo alemán en la constitución de una república democrática antes de la revolución de 1848 (cuando Marx, sin dejar aún el anonimato, pero ya en compañía de Engels, redactaría el *Manifiesto del Partido Comunista*, abandonada toda esperanza de que el anonimato no sólo hiciera más espontáneo y libre al autor, sino también al público) y las esperanzas depositadas en la constitución de una república democrática antes de la llegada al poder del nacionalsocialismo en 1933 delimitan la serie. La monografía de Jankélévitch sobre la “filosofía de la vida” de Simmel proporciona la mirada más serena para una temporalidad histórica marcada por lo que el propio Simmel llamaría la “tragedia de la cultura” y que tan bien se sintetiza en una de sus *Imágenes momentáneas*: “El corazón —escribe a propósito de su amigo Herbert Dankelmann— puede resolver las contradicciones del entendimiento más a menudo de lo que el entendimiento puede suavizar las del corazón” (p. 96). Odo Marquard se ha referido con una elocuencia desapasionada a la importancia que sigue teniendo para Alemania y para Europa la filosofía de la época de la República de Weimar, que en cierto modo es la filosofía del liberalismo alemán y de la democracia en Europa.

Ni las delimitaciones personales ni las cronológicas logran, sin embargo, que haya un centro para las consideraciones ni para una lectura serena de estos libros. La nueva lectura de Marx de Michael Heinrich o la vigencia de la filosofía de la vida con la que siempre se reacciona ante un orden burgués o capitalista o globalizado proyectan sobre Simmel o Kracauer una nostalgia distorsionada. Pero la serie incluye dos textos que pueden ser leídos como una verdadera clave de la civilidad negada a la que Marquard se ha referido: la reseña que Walter Benjamin escribió sobre *Los empleados* con el título de ‘La politización de los intelectuales’, intercalada a propósito, y el artículo de Löwith sobre ‘Max Weber y sus seguidores’, escrito en el exilio y en el que Carl Schmitt adquiere el relieve que lo caracteriza como el resultado de la época. “Es propio de la tragedia de la vida política alemana —escribió Löwith— que un hombre sabio como Weber no llegara a actuar durante la crisis de la estructura de Bismarck [y que,] por el contrario, un arribista lleno de talento como Schmitt ganara una influencia sobre el pensamiento político y la legislación del Tercer Reich que sería difícil de exagerar” (p. 148). (En un estricto sentido cronológico, el ensayo de Löwith sobre ‘La posición de Max Weber frente a la ciencia’, publicado en 1964 a su vuelta a Alemania, cerraría la serie análogamente a como cierra el libro de Löwith. Pero el autor de *De Hegel a Nietzsche* ya había perdido entonces, como su maestro, todas las ilusiones.)

‘La politización de los intelectuales’ de Benjamin tiene, tal vez, más valor, incluso desde el punto de vista sociológico de una ciencia libre de valoraciones. Para Benjamin, la sociología —considerada por sus propios practicantes la ciencia de la realidad— habría transformado el legado del modelo literario del descontento en una herramienta para la liberación de toda ideología. Leída en comparación con los artículos periodísticos del joven redactor anónimo de la *Gaceta renana*, la contraposición



LIBROS



BIBLIOTECA DIMENSIÓN CLÁSICA
SERIE DE TEORÍA SOCIAL

de Benjamin entre la superestructura y la falsa conciencia se revela como uno de los pasajes más esclarecedores de toda la época y como una pauta de lectura de toda la serie: “Mientras la teoría marxista de la superestructura no sea, al menos, complementada por la teoría —urgentemente necesaria— del surgimiento de la falsa conciencia, difícilmente se podrá responder a la pregunta de cómo surge, a partir de las contradicciones de una situación económica, una conciencia acorde con ella sin apelar al esquema de la represión”. Casi un siglo después de que Benjamin escribiera estas palabras, podrían servir para nuestra propia situación económica y psicológica, pero “nuestra” es ya una palabra redundante y lo que era urgentemente necesario ha quedado indefinidamente pospuesto. Una de las *Imágenes momentáneas* de Simmel describe la “excusa” como “el logro más firme del espíritu humano” (p. 62).

La serie tiene coherencia, pero puede leerse fragmentariamente, saltando de un texto a otro o volviendo a cada uno de ellos, en una especie de lectura terminable e interminable a la vez. Es difícil evitar la comparación con la fotografía, que explícitamente impresionó a los autores, pero habría que decir que estos textos son como negativos que nunca se revelarán y constituyen la fotografía de una época sin positivo. En el terreno literario al que la sociología no ha querido regresar nunca, todos los autores son deudores de una forma a la que secretamente aspiran y que en muy raras ocasiones alcanzan. ¿Era compatible una ciencia libre de valoración con la libertad espiritual que la escritura de ensayo exige?

Antonio Lastra